

PALABRAS PARA VENEZUELA 2012

FELIPE GONZÁLEZ

Ha sido grandioso oír a Fernando Henrique Cardoso, con su carga de experiencia, pero para mí la sorpresa de hoy ha sido el discurso de Juan Carlos Escotet, probablemente no aceptable en Wall Street ni en la City de Londres. Y es que es algo que me viene golpeando personalmente desde el comienzo de esta última crisis financiera global, ésta de la que no tiene ninguna responsabilidad América Latina, tan acostumbrada a provocar crisis, como la de la deuda en los años 80. Ahora, en parte, está pagando la crisis, pero no la ha provocado.

Esta mañana comentaba que, con el funcionamiento del sistema financiero como si se tratara de un casino financiero global, pero sin reglas, —los casinos finalmente tienen reglas, por lo tanto no los quiero ofender— el funcionamiento del sistema financiero ha sido peor que el de los casinos. La implosión del sistema financiero, de la burbuja financiera, que encadena la crisis de las hipotecas basura con el estallido de Lehman Brothers, aplasta la economía real provoca una recesión a nivel mundial, pues es inevitable que sea a nivel mundial. Todas las epidemias tendrán carácter de pandemia en esa sociedad interdependiente que llamamos globalización, en lo que llamamos “países centrales”. A otros países les seguimos llamando “países emergentes”, cuando hace rato que emergieron, mientras que los centrales están en proceso de inmersión, como le pasa a Europa.

Me llama la atención esto, primero, porque nos cuesta trabajo ver la realidad global, preocupados como estamos por las realidades locales de cada uno de nosotros: preocupados y ocupados. En España, donde ha habido elecciones hace poco tiempo y en las que perdió estrepitosamente mi partido, todo el debate electoral ha sido un debate local: hispano-español, como si la crisis de Wall Street la hubiese provocado el Gobierno español; como si la implosión del sistema financiero mundial hubiese sido un problema de España; como si realmente España, incluso haciendo lo que tiene que hacer, pudiera dar por sí sola una respuesta a la crisis. No se discutió sobre Europa, sobre los errores que se están cometiendo, sobre los errores de política económica, los errores de conducción de la política monetaria. De eso no se hablaba en la campaña. La campaña era absolutamente local e interna, y créanme, lo local se acabó.

De dónde venimos, me pregunto. Y por eso me sorprendían las palabras de Juan Carlos Escotet gratamente. Venimos de una evolución de los últimos veinte y algo de años —yo hace 36 que vengo a Venezuela, se dice pronto—. Pues venimos de una evolución en la que coincide un hecho histórico que tal vez no sea pura coincidencia: la caída del Muro de Berlín y la desaparición del sistema comunista, desaparición por fracaso. No es verdad que nadie empujará a ese sistema, por tanto su desaparición supone la liquidación de las políticas de bloque. No se trata sólo de un modelo que podemos llamar capitalista o de economía de mercado. No hay un referente alternativo, porque fracasó y desapareció. Los ejemplos que quedan no son significativos, no se puede decir que el sistema chino sea un sistema comunista, bueno, se puede decir, pero formalmente, en la práctica, en la realidad, es una economía de mercado, se llama economía socialista de mercado y cada día, además, con más reglas que lo exigen. Por tanto, nos encontramos con un solo sistema que afecta inicialmente al mercado, que tiene un freno en el temor a un sistema alternativo que podría ser la revolución comunista, y que hace al sistema autocontenido. Pero una vez que desaparece en el mismo la referencia, la verdad es que se desbordaron las aguas, y el problema fundamental es la desaparición de las reglas, la desregulación, que va mucho más rápido en la globalización, en lo que respecta al sistema financiero.

Ricardo Lagos participó conmigo en una comisión que creamos con 14 miembros de todos los continentes, para analizar desde 1996 a 1999, el efecto de la globalización y de la revolución tecnológica sobre la realidad mundial: la financiera, la económica, la política, los cambios que se estaban viendo venir ya entonces. Presentamos un informe ante la tribu ideológica a la que pertenecemos en el 99 y como todos los informes, —la verdad es que era un informe muy documentado, fue un esfuerzo de todos los rincones del planeta— fue un esfuerzo que condujo a la melancolía. Allí estaba, todo el mundo lo aprobó y lo aplaudió, pero casi nadie lo leyó. Lo mismo está pasando ahora con el Informe sobre el Futuro de Europa en el que participé, y no fue muy largo, 37 folios que no demoran tanto en leerse. Pues, tengo la impresión de que quienes me lo encargaron no lo han leído, y la mitad de los que me lo encargaron ya han cambiado porque la crisis se los llevó por delante, los arrasó. De manera que los nuevos no se sienten responsables del encargo.

¿Cómo situarlos en una realidad que ha cambiado profundamente, que tiene su origen en la coincidencia de un cambio que supone la liquidación de la política en bloques de los sistemas alternativos? Esa cosa que leíamos en (Francis) Fukuyama, El Fin de la Historia, —él es un tipo excepcionalmente inteligente, pero

qué frase más boba, ¡qué tontería!— ¿Cómo “El fin de la historia”? Es el comienzo de la Historia, de una nueva, impulsada por una revolución tecnológica que ha hecho un fantástico milagro. El ser humano, desde que empieza a caminar, busca horizontes de comunicación con otros, como decía Fernando Henrique Cardoso, trata de comunicarse a través de lo que sea, con los flujos migratorios, con las relaciones comerciales, con las guerras de conquistas, todos son flujos de comunicación entre los seres humanos. ¿Qué barrera teníamos? Teníamos la barrera del tiempo y del espacio: el tiempo que tardaba en viajar alguien desde el continente europeo al continente americano; el tiempo que tardaba en llegar una carta al pariente emigrado y volver, y uno se enteraba de la mala noticia siete o diez meses después de que se produjera. Bueno, el tiempo y el espacio no existen ya como barrera. Se ha conseguido con la Revolución Tecnológica, con el milagro que presenciamos aquí mismo en esta carpa, desde donde podemos estar hablando a tres mil personas o a cincuenta mil conectadas en cualquier rincón del planeta al mismo tiempo, en tiempo real.

Esa Revolución es lo que ha hecho que todo cambie, y lo que más ha cambiado son las transacciones financieras que viajan a la velocidad de la luz, pero que no viajan administrando prudentemente el ahorro ni entregando prudentemente el crédito para que crezca la economía productiva, para que se genere riqueza, y cuyo excedente pueda redistribuirse con políticas públicas, incluyendo socialmente al mayor número de ciudadanos posibles. No, esas transacciones financieras viajan a la velocidad de la luz y oyendo a Juan Carlos Escotet quiero recordar que están llenas de humo, sin un contenido real, sin una relación efectiva con el crecimiento de la economía productiva, ni siquiera con la expectativa de una familia de tener vivienda

¿Qué ha ocurrido? Lo comentábamos aquí. Hay ahorradores, ancianos ahorradores, ancianos de mi edad, que de pronto compran la Lehman Brothers, menudo bancazo: AAA en todas las calificadoras de riesgo y el mismo día que quebró era AAA. Y todavía seguimos haciendo caso a las calificadoras de riesgo. “Que ha bajado una A” le dijeron a Sarkozy y se movió toda Francia. Por otra parte, está el ahorrador coreano, que es la nueva realidad del mundo, que tiene un paquete que le vendían de ese banco de inversión, una estructura, un derivado y en el paquete tiene cuatro pedacitos de cuatro hipotecas, de cuatro casas, de cuatro estados norteamericanos. Así que este hombre es propietario de cuatro trocitos de hipotecas. Y eso era, digamos, las hipotecas basura, pero eso es lo menos insano de la cantidad de productos financieros y de ingeniería financiera,

con la cantidad de inteligencia aplicada en llenar de humo las transacciones, como un globo que se va hinchando, se va hinchando...

La economía mundial ha crecido mucho, ahora estamos en una crisis gravísima en Europa. Estamos en mitad del recorrido de nuestra década perdida. América Latina, que nos podría ofrecer, por lo menos ahora, un master en crisis financiera, ve con asombro que Europa va por el cuarto año y pico de crisis financiera y sigue sin tener respuesta, causandonos una década perdida, cuando las respuestas están bastante ensayadas. Sí. Estamos en esa dinámica.

Hace 22 años, en 1989, Japón era imparable; Japón se iba a comprar el Rockefeller Center, la mitad de Australia, y no había manera de parar su expansión y éxito. Pero Japón, Estados Unidos y Europa, lo que es la Unión Europea, eran como el 70% de la economía mundial, del Producto Bruto Mundial y marcaban la pauta, eran motores de la economía mundial. Ahora, esos motores están engripados, se pararon. Y el 75% del crecimiento de la economía mundial previsible para los próximos quince o veinte años, se reparte entre diez países emergentes, sin ninguna esperanza de que el crecimiento de la economía mundial en los próximos quince o veinte años venga de Europa, de Estados Unidos o de Japón. Por primera vez en veinte años, Japón crece un 2% este año, como consecuencia de su guerra particular que fue el tsunami, en aquella desgracia terrible que los obliga a reconstruir el país.

En esta nueva realidad, cuando hablaba Fernando Henrique Cardoso y decía "hay un estado de ánimo en Brasil", es que es verdad, hay un estado de ánimo en China. Créanme, acabo de estar ahí. De tal manera, podríamos analizar la nueva realidad mundial por los estados de ánimo. Sí, parece poco científico, pero es mucho más científico que lo que nos dicen los economistas. Si no, nos hubieran advertido de la bofetada que nos íbamos a dar con esa borrachera de Wall Street, que fue lo más sensato que le oí decir a George Bush Junior un día de esos en que a los políticos se nos olvida que el micrófono está encendido: cuando terminó la intervención, después de la implosión de Wall Street, él se volvió hacia los suyos y dijo "estamos pagando la borrachera de Wall Street", y él tenía una cierta especialidad en eso, sabía lo que eran las consecuencias de un exceso de esa naturaleza.

América Latina son muchas Américas Latinas, aunque compartamos muchas cosas. Hay muchos caminos de América Latina. Un día, nuestro amigo Sanguinetti decía “los caminos de América Latina”, y yo le replicaba “los caminos de las Américas Latinas”, porque no hay un solo camino. Y así, el “estado de ánimo de Brasil” es un estado de ánimo muy positivo, igual que el de Asia, ¿por qué?: porque piensan, y para colmo es verdad, que el futuro les pertenece. Y piensan que no hay nada que no sea empeorable. Cuando me dicen “ya el mundo está tan interdependiente, el margen de error para las políticas macroeconómicas (inflación, desequilibrio de balanza de pagos) se ha estrechado mucho”, digo, “no, no, no, lo que se ha estrechado es el margen para hacer las cosas bien”. Para hacerlas mal hay todo el margen del mundo, hasta el disparate se puede hacer. El margen de error es para hacerlo bien en una economía interdependiente, interconectada, en la que cada país y cada región se tiene que preguntar en serio cómo nos insertamos en este mundo globalizado, interdependiente económicamente, de manera que podamos competir, tener éxito y crear el valor suficiente, añadir el valor suficiente para mantener la cohesión social. El estado de ánimo de Brasil es muy bueno, y tiene razón para serlo, pero también el de China, el de la India: sigue habiendo ocho millones de pobres en la India, pero hay una conciencia de que el futuro lo tienen en sus manos, como en Brasil y en la propia América Latina, donde México es uno de los países que en el estudio sobre el futuro de Europa—viendo el comportamiento de la economía global— aparecía entre los diez países que iban a ser responsables de ese crecimiento de la economía mundial en los próximos quince años. Y está resultando así, México tiene una tasa de crecimiento y un potencial considerable. Pero tienen un problema: los mexicanos no se lo creen. Y los brasileños, que tienen una tasa de crecimiento semejante y a veces incluso menor, se lo creen. Y los que se lo creen van a ganar.

Los economistas nos hacen una broma cuando nos dicen que la economía es una ciencia, pero esa puñetera ciencia se basa en la confianza, y ¿cómo puede ser científica la confianza? En Europa la generación actual, la que tiene 40 o 50 años, piensa que sus hijos van a vivir peor que los padres. Justo lo contrario de lo que se piensa en Brasil, y si en Europa se empeñan, lo van a conseguir, van a vivir peor.

Así que, para no perder la perspectiva, primero tenemos que analizar, no sólo lo que nos pasa en casa, sino lo que pasa en la Región y en el mundo. Y América Latina tiene una de las mejores oportunidades de su historia, lamento decirlo. Y no sólo es un problema de palabras, como “Palabras para Venezuela”, sino de

condiciones: las relaciones de intercambio se han modificado para quedarse. Ese abuso de los países desarrollados, que imponían el precio en los mercados de las materias primas, y a la vez imponían el precio de las manufacturas de tal manera que los países dependientes o en desarrollo tenían que acudir a esa política, hoy obsoleta completamente, de sustitución de importaciones, que veía cómo el precio del café o de cualquier materia prima, alimenticia o no, o el precio del tractor para trabajar la tierra se decidía en la Bolsa de Chicago. Pero eso se acabó. Hay un dato objetivo: a China siempre se la ve, depende de la óptica, pero en general, con temor y a la vez con necesidad, porque tienen un tremendo excedente de ahorro. China tiene tierras cultivables en ese inmenso país, para alimentar al 40% de su población, luego el 60% de la alimentación China la tienen que buscar fuera de esas tierras cultivables, porque allí no existen, y lo mismo diría de la energía, de los minerales, de no sé cuántas cosas más. Y lo van a conseguir. No se engañen.

China, hace un siglo y medio, a mediados del XIX, tenía la misma participación en el Producto Bruto Mundial per cápita que va a alcanzar en el año veinte de este siglo. Es decir, que 170 años después, va a volver a la posición que tenía en 1840 o 1850 a nivel mundial, cuando empieza lo que en China nunca se olvidará y que se llamó “La Guerra del Opio”. Tienen más memoria que nosotros. Nosotros tenemos esa costumbre occidental de la poquísima memoria y si tenemos poca memoria, no hacemos cálculos a mucho tiempo. Aquí cualquier político que hable de lo que va a ocurrir en los próximos veinte años, nos lo tomamos en broma. Cuando le preguntaban a Deng Xiao Ping en 1989, dos siglos después de la Revolución Francesa, “¿qué opinión le merece a usted aquel acontecimiento histórico que fue la Revolución Francesa?”, decía “bueno, sabe usted, todavía no hay distancia histórica suficiente para apreciarlo”.

Todos estos datos, para no hacerlos muy pesados, son para explicar que el mundo cambió y que no es reversible ese cambio. Los países que, a través del EGA, del Nor Atlántico, incluido Japón, decidían el destino del mundo y de la economía mundial a través de sus instrumentos, después de la II Guerra Mundial, lo hicieron a través del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial o de instrumentos informales como la Trilateral, la Reunión del Bilderberg, en la que se reunían europeos, norteamericanos y japoneses. Y después inventaron el G-7 pero como faltaba Rusia, dijeron, 7 + 1 y al final contaron que eran ocho y se llamó G-8. Y ahora, reconociendo que eso es manifiestamente insuficiente, pues tratan de reunirse en el G-20. Es la nueva realidad, pero todavía no está operativa. El peso de decisión en el Fondo Monetario Internacional de un país absolutamente respetable como Bélgica, pero así de pequeñito, era el mismo que

el de China. ¿Cómo puede sostenerse eso en la nueva realidad mundial? Pues, lo que les pido, por favor, es que reflexionen sobre el hecho de que las relaciones de intercambio cambiaron; que las materias primas van a seguir siendo crecientemente demandadas y que los países que poseen materias primas o que pueden poseerlas —porque tienen tierras cultivables, capacidad para producir alimentos en serio, o tienen reservas de cualquier tipo—tienen un largo recorrido de bonanza, que no es de desarrollo, como diría Fernando Henrique, porque la variable estratégica fundamental para el desarrollo sigue siendo el capital humano.

Entonces, nos puede crecer el Producto Bruto cuatro o cinco puntos porque la demanda mundial y el precio de las materias primas ha aumentado, independientemente de lo que hagamos, sólo tenemos que ponerlo en el mercado. Pero si no nos conformamos y no diversificamos nuestra economía y nuestra producción, si no aprovechamos la incorporación de talento humano a las nuevas tecnologías, a la innovación, a la creatividad, el modelo se agotará y fracasará.

Los recursos disponibles, los no renovables, lo son hasta que se acaban, por lo tanto hay que transformar esa enorme riqueza en riqueza permanente, y la riqueza permanente es la gente, mucho más importante como variable estratégica que lo demás. Y yo que vengo de ese espacio que siempre he compartido con América Latina, que es Europa, veo con angustia la crisis que está viviendo España y toda Europa, y veo con cierta exasperación la falta de respuesta, el que se trate el problema de la deuda europea como un problema de solvencia. En la última reunión del G-20, la Unión Europea, la zona Euro, le pide a Brasil y a China que participen con su ahorro en el Fondo de Rescate de la Deuda Europea, y Brasil —que lo dice bien, además lo dice con gracia, para eso es Brasil— señala, “¡pero nosotros con diez mil dólares por cápita, vamos a participar en el rescate de la deuda de países que tienen 34 mil dólares per cápita!”. Y estamos en Europa. Tenemos un problema gravísimo de nuevo: todavía no está claro que para salir de la crisis, incluida la crisis de la deuda, hay que disminuir el gasto, reducir prudentemente el déficit, pero con una economía que crezca para poder pagar, pues si no crece la economía no se puede pagar, y esa evidencia todavía no está en marcha. Eso es lo que ocurrió en América Latina con la década perdida, hasta que con los llamados Bonos Brady empezó a despejarse el panorama de los 90 y de los 2000.

Pero vuelvo a la realidad: ya el mundo cambió. Y la dinámica del cambio es fortísima y no podemos perder el tiempo. En América Latina, en los ochenta, hubo una verdadera revolución y fue que la legitimación del poder fue la legitimación por el voto. Dejó de ser el poder de las botas para ser el poder del voto. Pero de las palabras que decía Fernando Henrique Cardoso se deduce una realidad fantástica: el poder tiene legitimidad de origen en democracia por el voto, pero tiene legitimidad de ejercicio si cumple su compromiso de mejorar las condiciones de vida y el futuro de los ciudadanos que representa.

Me decían hace unos años en el instituto Federal Electoral de México algo que esta mañana comenté: la esencia de la democracia, antes que la alternancia, es la aceptabilidad de la derrota. Cuando la derrota es aceptable, no se rompen las reglas de juego del sistema. No digo la aceptabilidad de la victoria, que eso lo hace cualquiera, es aceptar la derrota y no romper las reglas, porque se puede tener la oportunidad, una vez derrotado, de volver a ganar, esa es la esencia del funcionamiento del sistema. La razonable igualdad de oportunidades, la incertidumbre de lo que pueda ocurrir, es la esencia de la democracia. La democracia no garantiza el buen gobierno, salvo a largo plazo, lo que garantiza la democracia es que el gobierno que no nos gusta lo podamos quitar. Pero la dictadura no nos la podemos quitar. Será buena, mala o medio pensionista, pero ahí está. La democracia garantiza eso y ¿por qué a largo plazo mejora la prestación? Por una razón que es de egoísmo humano o personal: porque a los políticos tampoco nos gusta que nos echen y si lo hacemos mal nos echan; luego tratamos de hacerlo mejor, y de hacer lo que llaman la legitimidad de ejercicio. Por eso a largo plazo los países con institucionalidad democrática van mejorando permanentemente su posición, aunque en el recorrido se equivoquen, pasen por crisis, haya interrupciones, pero la verdadera virtualidad de la democracia es esa. Peor aún, no hay que confundir la democracia con una ideología. La democracia es un instrumento de participación, de gobernanza, no es una ideología, pertenece a todos, son reglas de juego, y eso es lo importante para que cale profundamente. Y hoy es fundamental comprender, por lo que vengo diciendo, que en el mejor sentido de la palabra, el Estado-Nación está en crisis. No es una crisis de desaparición, pero el que piense hoy, por muy grande que sea el estado al que pertenece, que va a tomar decisiones al margen de lo que pasa en la Región y en el mundo, se equivoca. Eso ya nunca más va a ser así. Esa es la realidad de lo que llamamos la "globalización". Se han dicho muchas cosas, incluso, se ha convertido la globalización en una ideología. Lo que pasa es que estamos pasando por primera vez por una crisis del sistema capitalista mirándose en su espejo, con consecuencias radicalmente distintas, porque a América Latina le va mucho mejor que a Europa y que a Estados Unidos y tiene mejores oportunidades. Ya no se mira en el espejo del comunismo para poder decir "eso

es peor”, aunque la imagen que se refleja es la suya. Por eso es tan importante que se haga una reforma del funcionamiento del sistema financiero, y por eso los actores, los agentes de Wall Street, de la City, han tenido la inmensa habilidad de compartir la vuelta o la reclamación de la política cuando estalla la crisis financiera, cuando se hunde sobre todo Lehman Brothers y de pronto dicen: “que los políticos hagan algo para rescatarnos, que esto se va todo al garete”. Bueno, pues, por primera vez se reclama a la política en muchos años. Y los políticos hicieron algo para rescatar al sistema financiero, aún a costa del crecimiento de una deuda pública enorme. En Europa ha costado catorce o quince puntos de Producto Bruto, de una Europa de 35 mil dólares per cápita, sólo la operación de rescate. Y una vez que los han rescatado, ahora déjenlos tranquilos —los vamos a rescatar pero de verdad—, para que no cometan otra vez los mismos errores. Pues no. Ahora qué es lo que pasa: de nuevo a la política se le dice “ustedes ocúpese —que es lo que está pasando en Europa— de resolver el problema de la deuda, que es su obligación y su responsabilidad, no se ocupen de regular el sistema financiero para hacerlo previsible, eso no, déjenos seguir en lo que andábamos”.

Por tanto, mi temor realmente es que sin un cambio en esas reglas de juego que lo hagan previsible, estamos incubando la siguiente implosión del sistema financiero, en la que los gobiernos democráticos ya no tendrán margen de maniobra para pedir un nuevo sacrificio a los ciudadanos, para rescatar a los que nos llevaron a la crisis. Esta es la realidad. Y una realidad que me lleva a concluir mi intervención con algo que me ha enseñado la experiencia de tantos años, pues para algo debe servir esa experiencia. Hace unos años estuve aquí en Venezuela para contarles mi experiencia de poder de catorce años. Recuerdo que empecé diciendo que a los catorce años hasta yo estaba cansado de mí mismo, ¿cómo no iban a estar cansados los demás? Pero me preguntaban qué pasó. He visto hoy una nota de una agencia hablando sobre la política neoliberal que yo practicaba en el gobierno y hoy, en plena crisis, uno de los que me criticaba reclama como conquista irrenunciable lo que yo hice entonces.

¿Qué hice en el gobierno? Pues, sanidad para todo el mundo. Educación hasta los 16 años para todo el mundo, y un sistema de pensiones incluso para quienes habiendo trabajado no habían podido cotizar. Hicimos las cosas que teníamos que hacer, pero las que hicimos entonces no son las que hay que hacer ahora. Hoy tenemos que conseguir que nuestra economía sea más productiva y competitiva, y ya no podemos competir por salarios baratos, error que están cometiendo algunos dirigentes políticos. No se pueden reducir los salarios. ¿Hasta dónde tendría que llegar la reducción para hacerlos comparables a los de

China? Imposible. Ahora la reforma tiene que ir hacia el aumento de la productividad y la competitividad, no sólo la productividad, relacionando la retribución de verdad con la productividad por hora de trabajo. Eso no tiene por qué bajar los salarios. Tenemos que buscar una economía que añada valor para mantener el modelo de cohesión social. Esta mañana comentaba que Lula, viendo los ataques que hay al modelo social europeo, decía “hagan las reformas que quieran en el mes de octubre, pero no toquen el modelo social europeo, no lo vayan a estropear, que es un patrimonio democrático de la humanidad”. Y tiene razón. No va a haber ninguna política exitosa en ninguna parte, ni en Venezuela ni en ningún otro país, que no sea una política capaz de crecer y de redistribuir excedentes para producir inclusión y cohesión social. Eso que algunas veces oigo: “América Latina es crecimiento con equidad”, yo lo traduzco como crecimiento y redistribución del ingreso, porque la equidad es un concepto moral, y el crecimiento un concepto económico, y hasta que no se dan las condiciones técnicas del crecimiento, la preocupación moral puede esperar. El mejor modelo es crecer y redistribuir el excedente. Lo que hay que redistribuir es la riqueza, redistribuir el fruto del árbol, no el árbol, pues sólo lo hará una vez. Gracias.